

Arturo Sosa, nuevo superior general de los jesuitas, dice que su prioridad es curar las profundas heridas del mundo

“El gran desafío es la reconciliación”

EUSEBIO VAL
Roma, Corresponsal

El venezolano Arturo Sosa Abascal, flamante superior general de los jesuitas, muestra una sintonía total con Francisco. Si el Papa argentino ha hecho de la misericordia el leitmotiv de su pontificado, el nuevo máximo responsable de la Compañía de Jesús, el primer no europeo en ocupar el cargo, subraya la idea de reconciliación y cree haber recibido un mandato muy claro para ayudar a superar las numerosas heridas y fracturas en el mundo. Son dos modos de declinar la misma filosofía en dos figuras que se conocen bien y que son muy cercanas por experiencia vital, tradición cultural y formación espiritual.

En su primera conferencia de prensa, días después de su elección, el pasado 14 de octubre, Sosa mostró habilidad ante los medios y buen humor. Admitió que no le gusta el apelativo de papa negro con que se conoce su puesto e insistió en que los jesuitas no aspiran a cargos sino a servir a la Iglesia a su particular manera. Cuando surgió la pregunta sobre el papa negro, Sosa tuvo reflejos. Se giró hacia el jefe de prensa de los jesuitas, el zambiano Patrick Mulemi, que estaba a su lado, y dijo: “A Mulemi le queda mejor”. La sala estalló en risas.

Había expectación en Roma por ver cómo se desenvolvía Sosa, que llega a uno de los cargos con mayor prestigio e influencia en la Iglesia católica. Los jesuitas son su orden religiosa más numerosa y de mayor proyección global, con un fuerte impacto intelectual en la formación de las élites en todo el mundo. A Sosa, de 67 años, lo eligieron según el procedimiento tradicional, después de los cuatro días de “mur-



Arturo Sosa, que es politólogo, analizó los problemas de Venezuela en su primera rueda de prensa, en Roma

Sosa quiere preservar la labor intelectual de la orden, que considera su servicio más valioso a la Iglesia

muraciones” (discretos diálogos de tanteo, de dos en dos, entre los 212 electores reunidos en Roma) y de oración. El es el sucesor número 31 de san Ignacio de Loyola, fundador de la compañía en 1540, y sustituye al español Adolfo Nicolás, que renunció por motivos de edad.

En la congregación general —durante la cual la elección del nuevo superior es sólo un aspecto— se discuten a fondo todas las cuestiones

que afectan a la compañía, que cuenta hoy con casi 17.000 miembros (la mitad que hace medio siglo). El mensaje unánime de los participantes fue que los jesuitas deben trabajar a fondo por la reconciliación. Sosa recogió el guante. “En todas las regiones del mundo se siente esta fractura, esta herida profunda que nos divide”, afirmó el nuevo líder jesuita, que citó el caso de su país, Venezuela, y también Siria, Irak y de tantos conflictos internos que ni siquiera son noticia. “Así que esta es una gran llamada a la reconciliación, es un gran desafío para la Compañía de Jesús —prosiguió Sosa—. La reconciliación entre los seres humanos que, al mismo tiempo, es una reconciliación con Dios y con la creación”. A su juicio, los jesuitas, como

buenos cristianos, deben “buscar lo imposible”, y eso significa creer de verdad que “es posible tener una economía solidaria, un mundo distinto a este, donde las personas sean consideradas personas”.

Como venezolano y politólogo, era inevitable que Sosa tuviera que profundizar en el análisis de lo que ocurre en su tierra. Fue la primera pregunta que hubo de abordar. Trató de volar alto, con inteligencia. Su diagnóstico fue inequívoco: la raíz del problema venezolano está en su exagerado “modelo rentista” y estatista basado en el petróleo, que hace muy difícil forjar una verdadera democracia.

El superior de los jesuitas reconoció la gravedad de la situación venezolana, pero alertó de que “es muy difícil de explicar a quien no

vive allá”. Recordó que como profesor universitario y analista, él siempre había repetido, “como una letanía”, que “no se entiende lo que pasa en Venezuela si no se entiende que el país vive de la renta petrolera y que la administra con exclusividad el Estado”. “Esto supone que se haga muy cuesta arriba la formación de una sociedad democrática —agregó Sosa—. Normalmente, una sociedad democrática tiene su fundamento y su equilibrio en que el Estado tiene que estar subordinado a los ciudadanos porque son ellos quienes producen y mantienen al Estado, pero en el caso de Venezuela es el Estado el que mantiene a la sociedad”.

En opinión de Sosa, “el proyecto rentista no alcanza para mantener a la sociedad venezolana”. Y el drama, según él, es que ese modelo obsoleto que defendieron Chávez y después Maduro tampoco es cuestionado de verdad por la actual oposición. Mientras no se diseña un sistema de desarrollo alternativo, la única salida es “construir puentes” para reducir la violencia.

Sosa recalcó que la fe y la preparación intelectual seguirán siendo los dos pilares de la Compañía de Jesús. “La labor intelectual es el servicio más grande que podemos hacer a la Iglesia”, enfatizó. El superior no se olvidó de Asia. La evangelización de ese continente está en los genes de la orden. Sosa desveló que hay una decena de jesuitas trabajando como profesores en universidades chinas, sin una misión pastoral expresa y con el permiso de Pekín. Es una avanzada, al igual que el centro de formación para el sacerdocio en Macao. “Las cosas grandes empiezan con cosas pequeñas”, recordó. Perseverancia y vocación de frontera. Una estrategia muy jesuita para China que comparte el Papa. ■